
Fernando Henrique Cardoso*

Los retos teóricos
*DEL CAMBIO SOCIAL***

Durante discusiones preparatorias a este Congreso algunas personas sugirieron, un tanto en broma, que el tema central de la reunión debía ser tomado del libro sobre ideología de Daniel Bell, pero en una versión más cruel: “el fin de la sociología”.

Varios de los sociólogos miembros del Comité Ejecutivo de la Asociación Internacional de Sociología (ISA) sentían, luego de leer revistas y publicaciones especializadas en los últimos diez años, que muy pocas novedades se habían producido, al menos en el campo de la Gran Teoría.

No sin envidia, la generación actual ha visto a la antropología brillar en el firmamento con el estructuralismo y la crítica de la cultura hecha por Foucault, condenando a los sociólogos profesionales a una suerte de falta de imaginación, y sin empuje, ni siquiera para confrontar teorías de mediano alcance.

Sin embargo, el espíritu de cuerpo ha prevalecido para, con redoblado vigor crítico, discutir aquí el más clásico de los temas sociológicos: las teorías del cambio social.

Basta con hechar una mirada crítica a estas teorías para advertir fácilmente que, pese a todo, es posible profundizar en nuevas ideas y que lejos de quedarse a la zaga, la sociología está avanzando hacia un objetivo: delinear programas más frescos de investigación e interpretación.

¿Cuáles son estas nuevas ideas?

* Sociólogo brasileño, presidente del XI Congreso de Sociología.

** Traducción de Mágara Millán.

Dividiré mi exposición introductoria en dos partes: la primera abordará el contenido de la temática principal; la segunda, los modelos de interpretación. Dejaré el capítulo sobre las técnicas a especialistas más competentes en ese campo. Sin embargo, antes de concluir mi exposición y a pesar de mi reticencia respecto de la visión relativista de la ciencia, no me resistiré a mencionar los nuevos acercamientos sintetizadores, generalmente tan engañosos, que más valdría relegar a notas de pie de página.

Nuevos temas en las teorías del cambio

El “cambio social”, o el “cambio en la sociedad” o “de la sociedad” ha sido tema constante, definido por teorías conflictivas y opuestas entre sí durante la época clásica de la sociología. Aspirar a determinar las “leyes” de la evolución social fue la cima de la ambición teórica.

Por debajo de estas nociones estaba la vieja idea de progreso, revivida por la Ilustración y victoriosa en el siglo XIX. Era el cambio, ni lineal ni constante, el que había guiado las transformaciones de la sociedad a lo largo de la historia.

Es verdad que Ranke tomó una posición en contra de ese llamado de los sociólogos y economistas a buscar explicaciones de regularidad “nomológica” o a aplicar modelos “ideales”. A fines de siglo Ranke insistía en que la única explicación válida era el cambio social tal y como efectivamente sucedía: “wie es eigentlich geschehen ist”.

Esta crítica estaba dirigida a autores del pasado, primordialmente a Marx y a Durkheim, para no mencionar a Comte o a Spencer. Pero los sociólogos no perdieron tiempo en contestar, en trabajos como los de Simmel (a pesar de que no coincidía con la analogía biológica durkheimiana) o Weber.

Desdeñosamente, la sociología ignoró el escepticismo de los historiadores respecto del “proceso general” de cambio y procedió sin perturbarse en su búsqueda de regularidades que explicaran las transformaciones sociales globales.

Más modestos en sus ambiciones, los sociólogos posclásicos y poscríticos (si puedo denominar así a los kantianos a la Weber) permanecieron convencidos del valor nomotético de la ciencia social pero fueron más enfáticos al encauzar su pasión hacia generalizaciones sobre el cambio a partir de aspectos parciales de la sociedad, (cambios *en* la sociedad, no en el tipo de sociedad). En gran medida, se abocaron más a la acción transformadora de los agentes sociales activos en procesos de interacción (individuos y grupos), que a la acción en el plano de las estructuras (re-

formas y revoluciones), e incluso que a las instituciones claves de la sociedad, como la propiedad y el Estado.

Aquí nos topamos con un giro muy importante en los temas a los que la sociología dio prioridad. Mientras que Durkheim se había ocupado de la *división social del trabajo*, como un proceso universal para estudiar los aspectos más generales y recurrentes del cambio a través de sus “tipos promedio”, y adelantar “leyes” que se aplican a cada forma básica de sociabilidad “tranhistórica”, y mientras que Marx había tomado las grandes transiciones sociales (del feudalismo al capitalismo y al socialismo) como tema de su investigación, Weber (en este aspecto también un clásico, *El origen del capitalismo moderno*), a través de la sociología de la acción, redefinió el tema en su alcance contemporáneo.

Podría ser Parsons más que ningún otro quien ofrezca el paradigma más importante de la sociología de posguerra. En él encontramos una combinación única de técnica explicativa general (extraída de los tipos ideales weberianos) con un alto grado de especificidad en el objeto y tema de estudio: la familia nuclear, por ejemplo.

Aquí nos hallamos con la idea de cambio, pero no con una teoría del cambio: tenemos teorías en plural. Fue el estructural-funcionalismo de Parsons y Merton el que proporcionó a la sociología de los años cincuenta tanto su gran modelo explicativo del cambio (la suma de disfuncionalidades, incompleta socialización, valores no alcanzados y contradicciones vistas como incompatibilidades entre las demandas de la situación social y los papeles desempeñados por los actores), como el alcance de su explicación: procesos sociales delimitados.

Los trabajos más significativos de este período se refieren a temas parciales de la sociedad, aun cuando rompen con el estructural-funcionalismo y no hacen referencia al análisis global de los procesos y patrones de cambio de un tipo de sociedad a otro. *Un dilema americano*, de Myrdal, es un notable ejemplo de análisis no funcionalista inscrito en estos parámetros. *El soldado americano*, de Stouffer y Lazarfeld es, en cambio, más fiel al estructural-funcionalismo.

Las excepciones: Parsons mismo y su inmenso grupo de seguidores, estudiaron la “transición” de la sociedad tradicional a la moderna. En este caso, sin embargo, no hay “leyes de la transición” como tal, sino una caracterización polar, más a la Tönnies que a la Weber, en la distinción de tipos idealizados. Ni siquiera puede hacerse una remota analogía entre estos esfuerzos y lo que podría denominarse “métodos científicos” para analizar las regularidades y sus transformaciones. Mientras que en Weber (y en los estudios específicos de Parsons) existe, además de la tipología, una explicación que atiende a causas y significados, en lo que convencionalmente se ha dado en llamar “teoría de la moderni-

zación” —o más bien, en la tradición formal de esa teoría— no existe una explicación propiamente dicha, sino sólo una caracterización. Los cambios que tienen lugar son caracterizados por oposición, pero no hay un intento por explicar su causalidad, secuencia y formas.

Después de la década del sesenta, y especialmente durante los setenta, la sociología tuvo una inflexión, aunque en realidad se trató de una doble inflexión: neomarxista por un lado, y una preferencia renovada por los temas ligados al cambio en los componentes fundamentales de la sociedad contemporánea, incluso en términos del análisis empírico y estructural-funcionalista tradicional, por el otro.

El neomarxismo se desarrolló a partir de dos orígenes no excluyentes: una relectura académica de Marx (Althusser, Poulantzas y otros) y la incorporación de los temas del desarrollo económico y la dependencia en los estudios de las sociedades contemporáneas. El retorno a los temas del cambio no fue global, trató más bien de los aspectos generales de las sociedades contemporáneas y desarrolló, a partir de dos fuentes principales, la comparación de las divergencias y convergencias entre sociedades capitalistas y socialistas, y el descrédito de la versión gradualista del cambio en la moderna sociedad competitiva. La primera fuente incluye una gama de trabajos que va desde los estudios más o menos lineales de los efectos del “industrialismo” en la unificación política y social de diversas sociedades, a estudios más ampliamente matizados como los de Raymond Aron, en quien los temas de libertad, poder y límites de la razón son retomados con el propósito de analizar las sociedades industriales.

Respecto a la segunda de estas fuentes, sería más apropiado decir que dos perspectivas se desacreditaron de manera concomitante: la visión gradualista del cambio social y la visión de la “lucha de clases” como fuente privilegiada del cambio en las sociedades modernas. Como no existía propiamente hablando una crítica sistemática y consistente de la teoría de las clases sociales y la revolución, los sociólogos sustituyeron paulatinamente su interés en el análisis de la clase obrera (como Georges Friedman o Serge Mallet) por el análisis de “nuevos actores”.

Aquí, de nuevo, tenemos el tema del cambio, pero de un cambio propiciado por factores y actores que no habían sido contemplados por la sociología clásica, en virtud de su devastador interés por el cambio social global. Reemplazando la noción marxista de fuerzas productivas, relaciones sociales de producción y superestructura, emergió la idea de que el cambio puede surgir de conflictos suscitados en cualquier nivel de la sociedad. En este contexto, la revuelta de mayo del 68 se calificó como conflicto embrionario entre los “productores de conocimiento” y los “amos” de la sociedad, personificados por el Estado.

La burocracia y el Estado, más que ser los patrones, eran los “enemigos” de los nuevos libertadores de la sociedad, de aquellos que basaban su crítica en una ruptura con los valores culturales.

La década de los sesenta se significó por nuevos retos prácticos y nuevos acercamientos sociológicos. Hasta cierto punto, hubo un resquebrajamiento de la confiada idea de progreso, tal y como fue concebida por la civilización judeo-cristiana occidental. Esto ocurrió no por falta de presuposiciones concretas para mantener este planteamiento, sino porque la misma acumulación de conocimiento y tecnología debilitó el supuesto de que los valores de la solidaridad humana, morales y espirituales acompañan la marcha de la civilización y del crecimiento económico.

La guerra de Vietnam, con los nuevos horrores vistos por televisión en todo el mundo, la intolerancia religiosa y el renacimiento del regionalismo, el redescubrimiento de la desigualdad entre razas y sexos, la obsesión de sucumbir en un holocausto nuclear, todos estos factores se combinan en la emergencia de actores sociales y nutren la angustia y el miedo del mundo contemporáneo.

La confiada visión del mundo occidental, con sus armónicas teorías sobre la modernización y sus tempestuosas explicaciones sobre la revolución supuso, hasta los años cincuenta, que había cierta compatibilidad entre “crecimiento económico”, “fuerzas sociales de transformación” y bienestar humano, pero a partir de la siguiente década, esta serena confianza se rompió.

Según un observador más escéptico y pesimista, como Robert Nisbet,¹ ya han desaparecido las cinco premisas básicas que convirtieron al dogma del progreso en la fuente principal de la civilización occidental. Estas eran:

1. Fe en el valor del pasado.
2. Convicción de que la civilización occidental era más noble y superior a las restantes.
3. Aceptación del valor del crecimiento económico y de los avances tecnológicos.
4. Creencia en la razón y en el conocimiento científico.
5. Creencia en la importancia intrínseca de la vida en el universo.

Como es evidente, resulta innecesario revisar paso a paso el subjetivismo pesimista de Nisbet. Simplemente es un ejemplo del fenómeno que trato de explicar. Su postura demuestra que tanto los efectos per-

¹ Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso*. Basic Books, 1980.

versos del crecimiento económico (no tanto de la mala distribución de sus beneficios sino, más bien, la destrucción de las fuentes naturales, muchas de las cuales son no renovables) y el descrédito de la “civilización occidental”, junto con los factores mencionados, debilitó la fe en la razón, entendida en su sentido esencialmente occidental.

Los nuevos temas del cambio social tienen mucho que ver con este proceso. Nuevos actores sociales: ya sean los “movimientos sociales” de Alain Touraine, las demandas de las mujeres, las luchas de los negros, los movimientos rurales o las “comunidades eclesíásticas de base” en América Latina, ninguno de éstos aparece en un libro de sociología clásica o en los escritos por los sociólogos anteriores a la Segunda Guerra Mundial.

No puede negarse que aun la conversión sartreana al marxismo, como “la ideología de nuestro tiempo”, no han podido disminuir la angustia existencial colectiva, el miedo a la muerte atómica y al holocausto, el horror a la destrucción aun virtual y no intencional causada por la energía atómica, a las nuevas plagas “blancas” como el SIDA, a la violencia urbana, que coexisten en la gloriosa civilización de la exploración espacial, de la tecnología de la información y de la biogenética.

Cuando las teorías del cambio social son vistas a la luz de la realidad contemporánea, se debe admitir que las “Grandes Teorías” han sufrido golpes sustanciales. Es cierto que Weber parecía haber dado en el clavo con sus intuiciones que preveían el desencanto con el mundo y el control cada vez mayor de la burocracia. Pero ni los empresarios ni los dirigentes con vocación política auténtica han rescatado a la sociedad de la rutina. Y un examen más detallado muestra que la teoría de la ética calvinista y, por tanto, de los valores como el motor de la acumulación capitalista, tuvo que soportar el trasplante de Trover Roper para poder sobrevivir un poco más.

Las teorías de la modernización y los incontables estudios basados en Parsons, cuyo esquema se funda en pares de opciones formales que se resuelven —por ejemplo, la separación entre lo tradicional y lo moderno se resuelve yendo de la “adscripción” al “éxito”— van en contra de investigaciones que en muchos terrenos muestran cómo la historia ha sido mucho más caprichosa.

El trabajo de Hagen sobre Colombia, o el de Olson en torno a la “lógica de la acción colectiva”,² para sólo citar dos ejemplos, constituyen, en la mejor de las hipótesis, modelos formales y no explicaciones del proceso real de cambio. De manera similar, en ciencia política el

² Hagen, *Estructuras sociales y crecimiento económico*. Paris, Editions Internationales, Olson, *Lógica de la acción colectiva*, Paris, Puf, 1978.

trabajo de S.M. Lipset que explica la institucionalización democrática en América Latina, o el famoso libro de Rostow sobre las etapas del crecimiento económico, son refutados de modo notable por la evidencia de los hechos.

No podría afirmarse que la teoría marxista del cambio social es mucho mejor: la tan esperada revolución no se ha producido donde se preveía y, en los países en los que ha tenido lugar, no ha sido necesariamente el proletariado la clase que ha tomado la jefatura de la conducción del cambio social. Tampoco debe soslayarse el que los conflictos religiosos y las aspiraciones a la independencia nacional (siendo la segunda más fácilmente asimilable al paradigma marxista del cambio) hayan reemplazado a “los de abajo”³ y a los trabajadores desde la guerra.

Pero antes que decepcionarse por las lamentables fallas que la teoría ha tenido en el pasado para predecir el futuro, importa reafirmar que la sociología actual ha sido, al menos, capaz de delinear nuevos temas, al tiempo que intenta comprender la dinámica de las sociedades contemporáneas desde una perspectiva más abierta a la diversidad de los procesos históricos.

Es como si la antropología hubiera enseñado a los sociólogos la lección vital de que mientras los modelos simplistas y abstractos de los economistas son provechosos para la creación de categorías analíticas que pueden ayudar a describir y hasta a prever el comportamiento del mercado, no pueden servir como paradigmas ni para describir ni para interpretar, ni mucho menos para anticipar la futura dirección de los procesos sociales, que también son culturales y, en consecuencia, deben ser vistos bajo la luz de las opciones posibles y de las innovaciones.

En este contexto, más que llorar con Nisbet por la pérdida de un dogma, es mejor entender que la intercomunicación entre las culturas y las sociedades contemporáneas destruye cualquier ansia egocéntrica de ver al mundo occidental como único modelo, y al camino emprendido momentáneamente por algunos países europeos o por Estados Unidos como la ruta hacia la libertad, la igualdad y el bienestar común.

Pero esta consideración no debe llevarnos a la conclusión opuesta de que a la civilización industrial y a los modelos culturales occidentales les falta peso histórico y capacidad para la acción. Lo importante es que en el conflicto de intereses y valores, cada sociedad reconstituye el proceso en un momento histórico determinado o, tal vez, segmentos particulares en cada sociedad, de manera diferenciada.

Las soluciones podrán ser “amalgamadas” y una duplicidad o pluralidad de modelos de estructura social, formas de organización y cultura

³ *Sans culottes* en el original.

podrán ser desarrolladas. Las soluciones occidentales podrán incluso ser totalmente rechazadas, o casi, como en el caso iraní.

Más que *una única teoría*, teorías del cambio. Más que el *actor privilegiado*, una caleidoscópica panoplia de agentes del cambio. En vez de *un resultado único* de tipo universal y homogeneizador, una distribución más diversificada, más rica en alternativas históricas.

Esta parecería ser la lección que debemos aprender de las teorías contemporáneas del cambio social.

Tipos de interpretación

Los estudios sobre el cambio social también nos han provisto de una base especialmente fértil para el debate de los fundamentos científicos de la explicación sociológica. ¿Hasta qué punto la sociología está preparada para enunciar “leyes de transformación”? ¿Hay en esto determinismo en sentido estricto o son meras tendencias? ¿Cuáles son los tipos de explicación producidos por estas leyes posibles? ¿Son imperativas del cambio derivadas de la *estructura* de la situación, o son leyes condicionales? ¿Es posible determinar las *causas* del cambio?

El lugar del desorden, de Raymond Boudon,⁴ es un inquietante trabajo, recientemente aparecido, que proporciona un marco para la discusión de estas preguntas. Boudon dice que hay cuatro tipos distinguibles de teoría del cambio social, y uno de ellos tiene una variante importante. Estas diferentes teorías, indica, son lo que el filósofo de la ciencia Imre Lakatos llama “programas”, esto es, orientaciones generales aceptadas por sectores de la comunidad científica en su trabajo de investigación. Estas orientaciones o “programas” se basan en el postulado de que es posible enunciar interesantes proposiciones concernientes al cambio social, y que las mismas son verificables y nomotéticas, esto es, que su alcance supera un contexto especial y temporal dado.

El primer tipo de teoría identifica muy claramente tendencias más o menos generales e irreversibles, por ejemplo, el paso del particularismo al universalismo en las sociedades modernas, como en Parsons. Estas “leyes tendenciales” son a menudo poco menos que intuiciones imposible de probar estadísticamente, o pueden ser más complejas y ser capaces de definir la existencia de estadios, como en las leyes de Comte de los tres estadios, o más modestamente en Rostow y los estadios del crecimiento económico.

El segundo tipo de teoría sobre el cambio tiene la forma de “leyes

⁴ R. Boudon, *La place du désordre*. París, puf, 1984.

condicionales”, estructurada bajo los lineamientos del “si A ocurre, seguirá B”. Cuando Parsons sugiere que el efecto de la industrialización tiende a reducir la familia a la dimensión “nuclear” (padres e hijos), está formulando una teoría de este rango. De igual manera, cuando Tocqueville refiere que la liberalización de un régimen despótico lleva a una reacción violenta en contra y no a una aceptación gradual de la mejoría obtenida.

Este segundo tipo de explicación del cambio tiene una variante principal: cuando el elemento A no es una condición o una simple variación sino un *sistema* de variables. En este caso, se trata de buscar leyes estructurales, por ejemplo cuando se dice que el sistema semifeudal observa cierta estabilidad a causa de que el usuario de la tierra, aunque formalmente tenga libertad para enajenarla, tiende a estar en deuda constante con el propietario, renuente a introducir innovaciones que podrían elevar la productividad de la tierra o del trabajo.

Otro ejemplo es la teoría de Nurkse sobre el “círculo vicioso de la pobreza”, que establece que en un tiempo t una nación pobre tiene todas las posibilidades de seguir siendo pobre durante $t+1$, a menos que se produzca un shock exógeno, ya que la pobreza conlleva una baja capacidad para el ahorro y la inversión, impidiendo un alza en la productividad.

El tercer tipo de teoría no se propone explicar el contenido del cambio sino su forma. Así, Michel Crozier muestra que en Francia el cambio está destinado a tomar la forma de largos periodos de bloqueo seguidos de etapas de crisis. Desde su punto de vista esto es así porque múltiples factores culturales llevan a los miembros de las organizaciones a adaptarse a los problemas que emergen, sin discutirlos o cuestionarlos, hasta que una explosión se produce.

El cuarto tipo de explicación del cambio en la clasificación de Boudon está relacionado con las *causas* o *factores* que lo producen. Ejemplos clásicos pueden encontrarse en Weber y Marx, sobre todo en su “diálogo” acerca del problema de los valores (como en la Ética protestante y el espíritu del capitalismo) son más importantes para la explicación de la acumulación capitalista, que las relaciones sociales de producción y las fuerzas productivas.

El mero acto de enumerar los diversos tipos de explicación sociológica del cambio es suficiente para mostrar tanto la variabilidad en el alcance de cada uno, en lo relativo a la posible precisión teórica, así como la complejidad de los factores pertinentes en lo que debe ser explicado. Por otro lado, las “leyes”, “regularidades”, o secuencias intuitivas llegaron a tener muy diferentes estatutos epistemológicos y teóricos. Boudon recomienda, por ejemplo, que un “determinismo bien tempe-

rado” debe ser adoptado: “en relación al cambio social, el determinismo no es, entonces, un postulado indispensable sino una *constat* adecuada para ser adoptada o no, según el caso”.

En algunos procesos, dice Boudon, un estado $t+1$ puede ser determinado sobre la base del conocimiento del estado en t . Pero esto no es una propiedad general. Para que tal ocurra, toda una serie de condiciones debe estar presente y persistir, y los actores (para Boudon se trata de explicar las interacciones) deben estar en situaciones *cerradas*. Este no siempre es el caso: hay situaciones *abiertas* en las que el actor se enfrenta a una serie de opciones sin razones decisivas para elegir entre una u otra y hay situaciones en las que ciertos actores pueden *innovar*. Esta *innovación*, a su vez, puede derivar en una específica demanda privada, o puede ser ocasionada por los requerimientos de un sistema, o puede ser totalmente independiente. Por ejemplo —y no haré una indicación general—, para conocer el peso determinante de los valores (o ideas) en un proceso de cambio, es siempre necesario considerarlos en términos de la estructura del proceso en cuestión, que puede o no aceptarlos como *primum mobile*. Lo mismo vale para las llamadas explicaciones materialistas.

Siguiendo esta prudente línea de interpretación, Boudon llama la atención sobre la necesidad de referir la explicación no en torno a los procesos más amplios del cambio, sino sobre los elementos específicos temporales y espaciales, y sobre la necesidad de colocarlos dentro de estructuras globales que bien pueden tener sus propias reglas para el cambio, aunque éstas sean menos susceptibles de explicación científica en sentido estricto.

Este es el último punto sobre el cual quiero hacer énfasis, aunque es cierto que no hay elementos para probar la validez científica después del enfoque neopositivista; por el contrario, ciertas interpretaciones sobre el cambio son consideradas como interesantes, incluso por autores de la tradición kantiana, como Boudon.

De hecho, Boudon distingue una progresión lógica que va desde la *enunciación de posibilidades* hasta las *leyes condicionales*, mediante la *enunciación de coyunturas* que pueden ser más o menos probables. Estas coyunturas sobrevienen cuando un estado dado de hechos posibles parece ser más posible que otro estado de hechos opuesto al primero; por ejemplo, la formulación de Tocqueville citada anteriormente sobre los efectos de la liberación de un orden autoritario.

Respecto a los enunciados de posibilidades o de leyes condicionales, éstos entran mejor en la lógica de Popper, en forma de preguntas para las cuales hay respuestas cuya validez puede ser ratificada científicamente.

Un ejemplo de este tipo de “descubrimiento” científico (similar en procedimiento a la lógica de la ciencia natural) es la corrección de Trevor-Roper a la tesis de Weber sobre la importancia de la ética protestante en el capitalismo moderno. A partir de hipótesis microsociológicas, Trevor-Roper señala que el vínculo entre calvinismo y capitalismo no proviene directamente de la teoría de la predestinación, sino del Erasmo y del hecho de que los hombres de negocios son los que tienen la mejor oportunidad de adherirse a la ética calvinista, y no al revés. Más aún, si hay calvinistas en el mundo de los negocios en zonas luteranas, es porque hubo migraciones. En otras palabras, Trevor-Roper retoma una serie de hechos más importantes que los explicados por Weber, y los que éste, a su vez explica, se encuentran contenidos en la teoría de Trevor-Roper. Lo que es más, los hechos microsociológicos explicados por Trevor-Roper son *comprendibles* en el sentido weberiano, y están ligados a los hechos macrosociológicos puestos en evidencia por Weber. Esto muestra que ha habido acumulación de conocimiento.

Boudon concluye que para pertenecer al “género científico”, la información de la cual se desprende una explicación debe pertenecer a una serie bien definida. “Esto significa que dichas teorías sólo pueden ser *locales y parciales*... El análisis del cambio social, entonces, no es necesariamente una ciencia inexacta que por la naturaleza de su objeto está destinada a rendirse ante los procedimientos incommunicables de la interpretación”. Es más, prosigue Boudon, un gran número de teorías sobre el cambio no son empíricas sino formales. Ejemplifica esto con el conocido artículo de Hotelling⁵ sobre la estabilidad en la competencia y con las reinterpretaciones de Hirschman de ese mismo modelo en su aplicación política.

Lo mismo ocurre en el famoso estudio de Parsons y Smelser⁶ sobre el cambio institucional, en el que se muestra que cuando emerge la disfunción en una organización empresarial (o en cualquier otra organización o incluso sistema social) tal fenómeno *puede* ser resuelto creando nuevos papeles sociales y diferenciándolos.

Este tipo de explicación formal nada dice acerca de la frecuencia de la diferenciación funcional por ejemplo, o a propósito de su concreción; puede ser aplicado a un vasto rango de procesos sociales: es, pues, una “teoría formal” pero no una teoría en sentido estricto y sería un error aplicarla de manera realista, en la explicación de fenómenos observados empíricamente, a menos que se incorporen proposiciones complementarias y datos apropiados.

⁵ H. Hotelling, “Stability in competition”, *The economic journal*. XXXIX, 1929, 41-57.

⁶ T. Parsons and N. Smelser, “A model of institutional change”, in free press.

Consideraciones finales

¿Por qué he hecho un resumen tan amplio del trabajo de Boudon? No sólo porque éste ofrece una reseña crítica del estatuto epistemológico de la contribución de la sociología a las teorías del cambio social, sino porque se muestra abierto a la aceptación de una visión menos “cientificista” de la sociología. También porque al final –ahora puedo agregar esto– Boudon destaca el “espíritu de aventura” del cual son un ejemplo los análisis sociológicos: queda espacio para la indeterminación e incluso para juicios de valor indemostrables que unen pedacitos separados de explicaciones sobre el cambio, construido a partir del análisis de probabilidades, análisis coyunturales, análisis formales, generalizaciones empíricas y hasta meras (y muchas veces ricas) interpretaciones.

En este amplio horizonte, la sociología no lamenta sus fallidos pronósticos, sino que se enriquece a sí misma; no teme aventurarse en terrenos en los que puede no haber mucho rigor científico, pero donde es posible encontrar las proposiciones, no los dogmas, que la angustia humana necesita para acceder a la luz del día y al aire fresco.

Retomando el hilo conductor de mi discurso, tal como lo mostré en la primera parte de esta exposición, existen nuevos retos para quienes desean comprender el cambio en el mundo contemporáneo y existen nuevos actores que les hacen frente.

Quisiera reconsiderar los retos del presente, muchos de los cuales están lejos de haber sido sometidos a cualquiera de los ejercicios de rigor explicativo que mencioné en la segunda parte de este escrito. El primer reto, generado en el sentimiento de que la civilización contemporánea agoniza, es la amenaza del exterminio de la vida en el planeta: el miedo a la guerra y a la catástrofe atómica, tal vez más de lo que creen los sociólogos, son la médula de una futura teoría del cambio. La civilización “occidental” u “or-occidental” que reconstruye el mundo, tendrá que cambiar, para responder a este reto, si no desea llegar al borde de la extinción.

El segundo acto se refiere precisamente a la reformulación de la idea de progreso. Si el núcleo de ésta es la posibilidad del holocausto (y por lo tanto la negación del “progreso social”), no puede haber sorpresa cuando este “progreso” deja de ser visto como garantía del cambio social. Tanto las versiones marxistas de las “fuerzas productivas” como el motor de la historia de las versiones ingeniosas de las teorías de la modernización basadas en el industrialismo, deben ser criticadas y desacreditadas. Pero esta no es una razón suficiente para adherir al pesimismo metafísico de Nisbet. Al contrario, sobre todo en los países del Tercer Mundo se continúa creyendo en el crecimiento económico a condición

de que el tema de la igualdad —entre regiones y entre clases— atempere el ritmo de la acumulación.

El tercer gran reto del cambio contemporáneo reside indudablemente en un retorno a Montesquieu, o en la visión de la moderna antropología que relativiza las diferencias culturales y civilizatorias. No tiene sentido en un Occidente arrogante junto a un Oriente humillado, un Norte pretencioso y un Sur sometido. A causa de la real unidad de los sistemas de comunicación y de la prosperidad que el planeta como un todo ha acumulado hasta ahora, es posible vislumbrar un mundo occidental u “or-occidental”, como lo dije antes, en el que las dimensiones culturales coexisten, a veces interpretándose, a veces como pluralidades opcionales. Este es el reto más rico en torno a la construcción de una teoría del cambio que no presume que la meta para los países en desarrollo pueda conocerse de antemano, en la certeza de que la seguridad ya ha sido alcanzada por los países desarrollados. Después de todo, las grandes metrópolis no han dejado de desarrollarse, y más aún, los cambios que ahí se producen están siendo afectados por los procesos sociales de los países en desarrollo. Finalmente, otro gran valor exaltado en el siglo XIX está intacto todavía y puede ser resuelto por nuestro siglo: la cuestión de la igualdad.

Para que los cambios se den con pleno rigor no es suficiente con tener un dogma, una utopía es necesaria. La utopía para nuestro tiempo, que es el final de un milenio, existe y es flagrantemente obvia: la lucha para abolir la pobreza.

Es muy probable que estos temas o retos escapen al tratamiento científico riguroso pero, como lo apunta Boudon, sin un poco de subjetismo y hasta que sea admitida la posibilidad de que lo inesperado suceda, la Historia no puede ir hacia adelante ni ser comprendida. Estos pueden ser temas no estrictamente científicos, pero son indispensables si las teorías no están sólo para ser exactas, parciales y bien fundadas, sino también relevantes e interesantes.